

toria, destilar la quinta esencia de la economía, reunir en vuestra mente todas las combinaciones de la alta política; todo esto se desvanecerá delante de cualquier combinación política depositada en el torno de San Pascual.»

«Después de esto, no queremos hablar, no queremos escribir. Si nos dejásemos llevar de los impulsos de nuestra desesperación, arrojaríamos la pluma, nos retiraríamos para siempre de nuestra por tantos títulos desgraciada patria. España, España, la nación de los héroes y de los artistas: cincuenta años de revolución no han podido limpiarte todavía de la lepra de tres siglos. La tribuna, la prensa, el pensamiento que á todo alcanza, la palabra que todo lo puede, la inteligencia emancipada, cuanto es inmortal se ahoga. Envidiamos, sí envidiamos desde Madrid la suerte de Varsovia. Preferiríamos, si esto ha de continuar así, ser de Polonia á ser de España. Polonia está muerta, pero no deshonrada.»

La impopularidad del general O'Donnell era tan grande que pudo el conde de San Luis pronunciar contra él un aplaudido discurso.

El señor conde de San Luis tenía indudablemente cualidades de orador. Sin tener facultades de imaginación y de pensamiento de primer orden, la sonoridad de su voz, la flexibilidad de su estilo, la intención de sus argumentos y la variedad de sus reflexiones, daban grande, irresistible encanto á sus discursos. Estuvo implacable. Se veía que desde su banco, teniendo enfrente al gobierno, cuyos ministros, sus enemigos en el día de la desgracia, fueron sus cómplices y aun sus cortesanos en el día del poder, el señor conde de San Luis ejercía algo más que la justicia, ejercía la venganza, pero merecida venganza, porque después de haberse sublevado los vicalvaristas contra el gobierno del conde de San Luis, han seguido sus pasos, han imitado su conducta.

En el punto capital de su discurso el señor

conde de San Luis tenía razón, mucha razón sobrada razón. No se puede mudar tan bruscamente de política como había mudado el general O'Donnell. Pasar de los halagos al partido progresista, al duelo á muerte; del reconocimiento de Italia á los cirios de San Pascual; del criterio de libertad á esas leyes sobre reuniones y sobre imprenta, es uno de los tránsitos más bruscos que conocemos, y como todos los tránsitos bruscos más expuestos á una muerte segura, ó al menos á un seguro descrédito. Los hombres que han tenido una política y al día siguiente creen que la contraria es más propia de las circunstancias, deben abandonar en el momento mismo el poder, y dejar á sus enemigos la tarea de gobernar. Esto sucede en Bélgica, en Inglaterra, donde quiera que se practica el régimen constitucional y se tienen para algo en cuenta las inspiraciones de la opinión y los derechos del Parlamento.

Pero querer tener autoridad contra las sublevaciones cuando se ha quebrantado la disciplina militar con subversivos ejemplos; querer reprimir la revolución cuando se le han dado alas en célebres coaliciones; querer seguir una política de represión cuando se ha proclamado que todos nuestros males dimanaban, como de su fuente, de esa política, es una perversión en la voluntad que se paga siempre con grandes y terribles castigos.

Al mudar de sistema decía el Conde es necesario mudar de hombres. Recogisteis el poder de manos del duque de Valencia porque era un político reaccionario. Os habeis convencido de que la reacción es precisa. Volvedle el poder. Pero no seais perturbadores, oponiendo á cada situación, á cada ministerio una especie de argumento distinto, aquel que os abra con más facilidad las puertas del poder, aquel que en el poder más tiempo se conserve. Esto es de una escandalosa inmoralidad.

Y para conservar esta inmoralidad, vene-

noso fruto del excepticismo, pedía el general O'Donnell una dictadura. Con razón le recordó el conde de San Luis lo que nosotros hemos dicho muchas veces. Se concibe una dictadura que conduzca á un fin glorioso, y que provenga de un grande origen, de una grande victoria. Pero pedir la dictadura en nombre de una derrota y para arreglar unos cupones, parécenos el colmo del escándalo y del ridículo. Mario obtuvo la dictadura después de vencer á los cimbrios. Sila después de haber vencido á los griegos; César después de haber venido á los galos; Cromwell después de haber vencido á los Estuardos; solamente O'Donnell la ha pedido después de una victoria como la victoria del Banco inglés, esa pirámide donde están escritas las glorias de la unión liberal.

El conde de San Luis tuvo párrafos elocuentísimos cuando habló de la muerte de Espinosa y los sargentos. ¡No más sangre! ¡No más sangre! Decía. Y este grito debería salir á una de todos los pechos. Harta sangre se ha derramado; harta sangre ha bebido la tierra desgraciada de España.

El conde de San Luis nos recordó una terrible escena que no se había borrado de la memoria afligida todavía del pueblo de Madrid. Los sargentos inmolados en la Fuente Castellana á causa de la salida en armas de Prim le dieron asunto para una imprecación final. A las once de la noche eran encausados, á las seis de la mañana, fusilados. No hubo perdón, no hubo misericordia, no hubo.... pero no dejemos correr la pluma. «He concluido con el duque de Tetuan,» dijo el señor conde al acabar. Un inmenso aplauso resonó en las tribunas al oír este *quid pro quo*. No, no había acabado con el duque de Tetuan el conde de San Luis. Habían acabado primero sus propios errores, después la actitud de los partidos liberales.

Los periódicos templados hicieron un último y supremo esfuerzo para ver si podían arrastrar los partidos liberales á la legalidad y

sacarlos del retraimiento. *La Reforma* se puso á la cabeza de este grande movimiento. Pero el partido democrático respondía á estos halagos con verdaderas invocaciones á la revolución.

*La Reforma*, decía el órgano más autorizado de la democracia, ha publicado una serie notabilísima de artículos sobre el partido progresista, en la cual con grande copia de argumentos, con mayor elocuencia de frase, le mueve, le incita, le apremia en gradación creciente y formidable para que abandone su actitud revolucionaria, y espere nuevamente de la legalidad de hoy, de la lucha ordenada y pacífica, el poder que la fuerza de los sucesos, las necesidades de lo presente, lo que podríamos llamar la lógica real de la sociedad, sus leyes de natural gravitación, llevan fatalmente á sus manos, sin que lo evite ninguna combinación de la intriga, ningún esfuerzo de los elementos que parecen más fuertes, y con el partido progresista más irreconciliables.

Desde luego adelantamos al periódico con quien contendemos una idea que debe ser la primera, la única, la exclusiva de este artículo: el partido progresista no puede sin suicidarse, abandonar su enérgica actitud. Y no puede porque su palabra empeñada, sus manifiestos públicos y solemnes, sus compromisos con el país, la desesperación sublime á que lo han arrastrado sus eternos enemigos, le empeñan fuertemente en mantenerse ajeno á una legalidad que es su dogal y su castigo. No en vano se desaira perseverantemente á un partido legal; no en vano medio siglo de abominables ingratitudes lo proscriben; no en vano se ha empapado con su sangre la tierra de la patria que él ha libertado de la tiranía absolutista y de la tiranía extranjera; no en vano cuenta sus días por sus desgracias, y ve en cada una de las páginas de su historia un largo martirologio; no en vano se ha hecho de él como una raza maldita, sujeta siempre al yugo, imposibilitada no sólo de

alcanzar el poder sino de ejercer sus más necesarios derechos: sufrir todo esto con resignación sería la más indigna de las degradaciones, y los partidos como los individuos viven de su honra.

Nosotros confesamos que en el estado de los espíritus, en el crecimiento de las ideas, en las nobles aspiraciones de la nueva generación, el partido progresista debiera ser hoy el partido conservador, el partido de gobierno; y el partido moderado el partido de ayer, el partido histórico, lo cual haría que el ideal del progreso inmediato, heredero de lo presente, brillara sobre la democracia, y los propósitos, las tendencias, las ideas del absolutismo se relegaran á un tiempo tan lejano y tan imposible de resucitar, como el tiempo del régimen feudal y del derecho de pernada. El partido progresista representa los elementos más conservadores de la sociedad presente, los intereses de la clase media que han nacido de la desamortización, clase que gobierna en la Europa continental, donde quiera que el régimen parlamentario ha echado verdaderas raíces; así como el partido democrático representa el pueblo, el derecho de todos, la justicia para todos, una gran propaganda en lo presente, una grande acción contra todas las instituciones reaccionarias, una grande victoria para lo porvenir; partido progresivo por esencia y por necesidad, partido reformador y revolucionario.

Pero prescindamos de lo que representa el partido democrático, lo cual no puede ser objeto del presente artículo, y concretémonos al partido progresista. Nosotros podemos formular nuestro pensamiento con estas frases. ¿Qué debería ser el partido progresista? Un partido conservador. ¿Qué es el partido progresista? Un partido revolucionario. ¿Por qué? Hé aquí el punto culminante de la dificultad; borrado ese punto, removido ese obstáculo, todo volvería á la combinación natural de las instituciones en las sociedades presentes. Es un partido revolucionario, por-

que su idea tan brillantemente encendida en la tribuna, no trasciende á las leyes; un partido revolucionario, porque sus soldados, que han amasado con su sangre el régimen liberal, en vez de ser ciudadanos son proscritos; un partido revolucionario, porque cada una de sus reformas en la esfera económica, en la esfera política, en la esfera religiosa, encuentra insuperables obstáculos nacidos de preocupaciones sólo desarraigables por el hierro y el fuego; un partido revolucionario, porque desde 1820 hasta 1854 ha subido siempre al poder por la revolución, y desde 1823 hasta 1856, ha caído del poder siempre por un golpe de Estado. No le pregunteis al partido progresista por qué es revolucionario; preguntádselo á los infames persas de 1814, á los nietos de San Luis de 1823, á los frailes fanáticos que predicaban el exterminio de sus hijos hasta la cuarta generación, á las camarillas tenebrosas que lo han proscrito con una perseverancia sin ejemplo, á esa larga serie de traiciones, de infamias escritas indeleblemente por la pálida mano de la reacción, sobre el presidio de Argüelles, sobre el proceso de Olózaga, sobre el patíbulo de Riego.

El partido progresista ha intentado mil veces, sí, ha querido mil veces ser un partido conservador, un partido de gobierno, porque ninguno más benévolo y hasta más humilde por temperamento. En 1820, cuando Fernando VII pronunció el discurso de apertura de aquellas Cortes, el partido progresista, por boca de uno de sus primeros oradores, declaró que había sonado la hora de sellar una alianza entre el trono y el pueblo, mantenida por el más grande entre todos los reyes. En 1837, el partido progresista escribió aquella Constitución, que Martínez de la Rosa llamaba también símbolo del partido moderado, y en la cual constaba la monarquía con todos sus atributos, el veto con toda su fuerza, las dos Cámaras con todo su poder, los elementos conservadores con toda su incontrastable re-

sistencia. En 1843 el partido progresista declaró la mayor edad de la reina antes del tiempo prefijado por la Constitución. En 1851, el partido progresista renunció á la Milicia nacional como una prenda de su transformación en sentido conservador. Durante el bienio, á pesar de escribir una Constitución dictada por el espíritu revolucionario triunfante, mantuvo el veto, las dos Cámaras, la unidad religiosa, el censo, todos los privilegios y todas las excepciones que constituyen las bases fundamentales de un régimen conservador. Si alguno tuviera derecho á reconvenirle, seríamos nosotros, el elemento revolucionario, nunca el elemento conservador de las sociedades modernas, fuertemente adherido á todas estas combinaciones, á todos estos equilibrios del régimen parlamentario que ha dado largos días de paz á Bélgica, á Holanda, á Inglaterra.

¿Y cómo se le han pagado por los elementos conservadores todos estos servicios? Se le han pagado persiguiéndolo, cañoneándolo, destruyendo los pactos escritos en sus Constituciones, fundando una dictadura que lo reducía á vivir fuera de los comicios, y en realidad fuera de la prensa, porque no vive en la prensa el escritor que debe unir al instrumento divino de su pluma, el hierro y las esposas del presidio. De suerte que el partido progresista no ha ido de grado á la enérgica actitud en que hoy se encuentra; ha ido arrastrado por sus enemigos, por los que creyeron contar eternamente con su complicidad y su paciencia.

Es frecuente, frecuentísimo, achacar la perturbación que traen las revoluciones al impulso de los reformadores, en vez de atribuir las á la resistencia de los reaccionarios. Ninguna, absolutamente ninguna sociedad apela á una revolución por placer, por afición, como ningún hombre apela á la cirugía por divertimento. Las revoluciones son siempre fuertes, enérgicas operaciones, curas terribles, cauterios á los cuales renuncian fácil-

mente las sociedades cuando tienen algún medio en sus manos de curarse sin pasar por este amargo trance. Todo pueblo antes de decidirse á un sacrificio tan costoso, duda, vacila, se apena y repite las palabras de Cristo en el huerto: si es posible, pase de mí este cáliz. Pero notad que un sólo mal, uno sólo cuando es profundo, cuando es inveterado, produce una revolución. No conocemos estudio más provechoso que el estudio de estas tempestades morales. La intolerancia religiosa produjo la revolución de Holanda, que venció el poder de Felipe II. Las camarillas jesuíticas, las conjuraciones constantes de los Estuardos para producir una reacción política y religiosa, produjeron la revolución de Inglaterra. El exceso de los tributos la revolución de los Estados-Unidos. La resistencia á sancionar los decretos contra el clero, la revolución de 1793. Las leyes oprimiendo la imprenta; la revolución de Julio; la corrupción electoral, la de Febrero. ¡Desgraciado país aquel donde puedan reunirse todas estas causas juntas de revolución!

Pero dejando esto aparte, dejando esto como un paréntesis, volvamos al asunto principal de nuestro artículo, volvamos á considerar la actitud del partido progresista para resumir lo que hemos dicho. ¡Notable fenómeno en verdad! Durante nuestra época, el partido tory manda excepcionalmente en Inglaterra, y en España, al revés, manda excepcionalmente el partido liberal. Para conseguir este triste resultado, para alcanzar esta contradicción escandalosa con el espíritu de nuestro tiempo, con las necesidades de nuestra sociedad, la reacción ha asesinado el municipio, ha traído una centralización apoplética, ha destrozado la prensa, ha herido la tribuna y la cátedra, ha convertido los comicios en antecámaras de los ministerios, ha escandalizado al mundo con esa corrupción electoral que infesta, que envenena materialmente el aire vital de nuestra sociedad. Y cuando todo esto se ha consumado, cuando

el partido progresista ha perdido todo hábito de gobierno, y ha tomado los hábitos revolucionarios, cuando ya ha lanzado palabras que no pueden recogerse, y ha dicho juramentos que no pueden olvidarse, cuando ha dejado huérfana la tribuna porque su voz no se oía, en este momento le decís que vais á darle el poder legalmente. Pues bien, aunque le dié-

rais el poder, nada habríais, conservadores, conseguido. El partido progresista entero, y el país con él, exclaman: ES TARDE.»

Y en efecto, era tarde. Toda esta polémica fué cortada por los terribles sucesos de Junio de 1866. Describamos este siniestro día 22, y parémonos ante sus inmediatas consecuencias.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



## ÍNDICE.

### TOMO PRIMERO.

Capítulos.	Páginas.	Capítulos.	Páginas.
I.	El continente de la República. 5	XXIV.	La emancipacion de los siervos 205
II.	De la educacion republicana en Europa ..... 15	XXV.	Conflictos y persecuciones... 209
III.	Del carácter republicano de Francia..... 19	XXVI.	El propagandista ruso..... 213
IV.	Las escuelas científicas de la democracia francesa ..... 27	XXVII.	Reflexiones sobre el socialismo ruso..... 229
V.	Del carácter general de las escuelas socialistas ..... 41	XXVIII.	Importancia política del movimiento religioso en Alemania ..... 233
VI.	Reseña de las principales escuelas socialistas en Francia 65	XXIX.	De las escuelas religiosas en Alemania ..... 243
VII.	Del carácter de los pueblos germánicos ..... 93	XXX.	La crítica religiosa y su influencia política ..... 253
VIII.	De la escuela crítica ..... 101	XXXI.	Del influjo de las apologías ortodoxas en el movimiento político..... 257
IX.	La filosofía individualista, ó el idealismo subjetivo..... 107	XXXII.	La educacion republicana.... 263
X.	De la escuela histórica ..... 115	XXXIII.	La reaccion ..... 271
XI.	El individualismo práctico frente á la escuela histórica. 119	XXXIV.	Jena y Tubinga..... 273
XII.	La filosofía del sentimiento... 123	XXXV.	La union evangélica ..... 281
XIII.	Nueva oposicion al idealismo subjetivo, por el idealismo objetivo..... 127	XXXVI.	Nuevas tendencias..... 285
XIV.	La filosofía del progreso ó el idealismo absoluto..... 135	XXXVII.	La reaccion ortodoxa ..... 289
XV.	La filosofía del pesimismo como opuesta á la filosofía del progreso..... 151	XXXVIII.	El hegelianismo religioso.... 293
XVI.	La filosofía armónica..... 157	XXXIX.	El doctor Etrauss..... 297
XVII.	Del carácter de los pueblos eslavos..... 171	XL.	La extrema izquierda hegeliana..... 321
XVIII.	Del movimiento de las ideas germánica ..... 175	XLI.	Arnoldo Ruge..... 327
XIX.	La escuela de los eslavófilos.. 183	XLII.	Baner y Daumer..... 333
XX.	Los revolucionarios..... 189	XLIII.	Consideraciones generales sobre el mohelianismo ..... 337
XXI.	Los pretas ..... 191	XLIV.	Los republicanos darwinistas. 339
XXII.	Una revolucion rusa..... 197	XLV.	A los alemanes ..... 349
XXIII.	Los mártires..... 201	XLVI.	Ojeada general sobre las escuelas republicanas en Francia. 353
		XLVII.	Decadencia del último imperio 397
		XLVIII.	Agravacion de la decadencia imperial..... 405
		XLIX.	Dificultades exteriores..... 413
		L.	Dificultades en Italia..... 415
		LI.	Errores diplomáticos..... 423